



Primera parte
MIRADAS ANTROPOLÓGICAS SOBRE ESTUDIANTES DE
ANTROPOLOGÍA EN TRES PAÍSES LATINOAMERICANOS

La introducción de los estudiantes a las carreras universitarias de ciencias sociales y humanidades dista de ser un proceso pedagógico simple, y más cuando este último es concebido como un suceso técnico-administrativo, como los que se están imponiendo cada vez más: una serie de “asignaturas” cuya selección y secuencia no suelen ser explicitadas con contenidos, módulos y procedimientos de evaluación, semejantes a los de una cadena de montaje manejada por robots industriales, “impartidas” y “evaluadas” a modo de la conocida modalidad de “educación bancaria” por “recursos humanos” intercambiables y que es complementada por diversos “requisitos”, entre los cuales se encuentra también, con tendencia decreciente, la tesis de grado.

Al menos en el caso de la antropología sociocultural, se trata más bien de un proceso muy complejo y multidimensional que tiene todas las características de una auténtica *enculturación*: los estudiantes son confrontados con información novedosa sobre su sociedad y su tiempo, adquieren poco a poco un cierto conjunto de elementos teóricos para interpretar y explicar su entorno sociocultural, son entrenados en una gama básica de métodos y técnicas para generar y analizar ellos mismos información etnográfica, al tiempo que se adentran en el bosque de las obras clásicas y contemporáneas clave de su disciplina y de las hipótesis y debates contenidos en ella. Paralelamente se enteran —en las clases y fuera de ellas— de características, eventos y mecanismos de comunicación de las comunidades académicas y profesionales de las que sus profesores forman parte y a las que ellos mismos están incorporándose. Al mismo tiempo se ejercitan en las prácticas y habilidades más generales de la vida intelectual en general y ensayan diferentes formas de convivencia.

Las clases con sus exposiciones y discusiones, con sus trabajos individuales y de equipo, las lecturas y las prácticas escolares de campo son solamente la vía principal de esta enculturación; de mucha importancia son también las tutorías —formalmente organizadas o no—, la convivencia entre estudiantes de diferentes niveles de enculturación, las interacciones informales entre estudiantes y pro-



fesores al margen de las clases, las actividades académicas extracurriculares y las fiestas y, en el caso de la antropología tradicional, la preparación del trabajo recepcional, a lo largo de cuya confección se combinan muchos de los elementos que se acaban de mencionar.

Los profesores son los principales encargados de organizar, orientar, supervisar y evaluar este proceso, por más que sus actividades son condicionadas, acotadas, reglamentadas e incluso degradadas cada vez más por los aparatos administrativos de las instituciones académicas y de las instituciones de política pública en el campo de la educación superior. Si los “docentes” entienden a los estudiantes no simplemente como “recipiendarios” de información sistematizada *a priori*, sino como sujetos sociales que son guiados para adentrarse crítica y creativamente en la dimensión sociocultural de la realidad que ellos mismos contribuyen a construir, entonces surge la pregunta: “¿Qué tanto conocemos a nuestras alumnas y alumnos?” ¿Es suficiente conocerlos “por su aprendizaje, por las exposiciones, por las lecturas que realizan y la forma en que redactan”?

Quienes firman esta “Presentación” fueron confrontados un tanto inesperadamente en determinado momento del desarrollo del proyecto “Antropología de la antropología” (AdelA), establecido en 2005 por la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (Red MIFA), con la pregunta citada, que incluso llegó a motivar el establecimiento de un grupo de trabajo sobre el estudiantado antropológico, que aún sigue operando.

Así, el *dossier* comprende un estudio general a modo de introducción a la temática, un trabajo referente a Argentina, otro a Chile y cuatro a México.

En el primer trabajo, a cargo de Esteban Krotz, co-coordinador del proyecto AdelA, revisa tres elementos del contexto vital de los estudiantes de antropología actuales, que es bastante distinto de los contextos en los cuales se desarrolló la vida estudiantil de quienes son hoy sus profesores: la importancia de la información digitalizada, la universidad despolitizada y carente de muchos elementos clave de la democracia moderna, y el utilitarismo neoliberal como forma de vida hegemónica en la universidad.

Nina Rigonatto presenta algunos de los resultados preliminares de una investigación en curso sobre la elección de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires y el posterior devenir biográfico-intelectual de sus estudiantes. También Héctor Mora y Noelia Carrasco se ocupan, en un estudio igualmente inicial, de las motivaciones que orientaron a los estudiantes de la Licenciatura en Antropología de la Universidad de Temuco, centrándose en los temas de la visión de los “otros sociales” y la apertura hacia el conocimiento científico.

Francisco Castro Pérez abre la sección dedicada al estudiantado mexicano con un trabajo sobre los motivos de quienes ingresan a la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla para estudiar Antropología y detecta tanto desconocimiento y desinterés iniciales por la disciplina como la conversión de la carrera en laboratorio social para quienes permanecen en ella. La razón para estudiar antropología es también el tema de Eugenia Iturriaga, quien ofrece información sobre una generación de ingreso reciente a la Universidad Autónoma de Yucatán y problematiza la relación entre el interés de muchos estudiantes por cambiar su realidad y el plan de estudios.

Los dos trabajos finales se ocupan del estudiantado de programas de posgrado. Javier Maisterrena reflexiona, desde su perspectiva en El Colegio de San Luis, sobre diferentes aspectos de la enseñanza del trabajo de campo como elemento central de la formación antropológica. Ana Bella Pérez Castro se ocupa de los imponderables y de los conflictos que conlleva a veces el estudio académico y, en particular, la confección de una tesis de posgrado, pero que no suelen ser considerados por los planes de estudio y pocas veces son tematizados de modo explícito.

Los siete trabajos contenidos en este *dossier* son, al mismo tiempo, una primera aproximación a la pregunta: “¿Quiénes son los estudiantes actuales de antropología?”, y una invitación—especialmente para los docentes, pero también para los mismos estudiantes—a estudiar con los procedimientos usuales de la antropología sociocultural el universo poco conocido de los estudiantados de Antropología.

Ana Bella Pérez Castro
Ana Paula de Teresa
Esteban Krotz

